

La bruja

Andrés Salom

Llegué despavorido, con el rostro ensangrentado, llorando y sin poder apenas tenerme en pie a consecuencia de la torcedura de un tobillo, gritando a pleno pulmón. Traía las piernas desolladas y el pecho lleno de arañazos.

—¡Abuelo, abuelo! ¡La bruja, la bruja! ¡La he visto!

—¿Qué pasa?...

El abuelo Mateo en la puerta de su alcoba con una palmatoria. Calzoncillos de franela hasta los tobillos, desafeitado y desnudo de cintura para arriba.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos?...

Me recordaba el orangután cuya fotografía había visto en un viejo «Mundo Gráfico».

—¿Qué historias son ésas?

Y yo: —¡La bruja, la bruja, la bruja!...

—¡Qué brujas ni qué brujos! —Y me sacudió la histeria de un seco revés de su manaza— deja de gritar de una vez y di lo que has visto. ¿Es que quieres despertar a todo el mundo?

Repliqué, llorando todavía, pero ya sin lágrimas: —He visto a la bruja, abuelo, toda blanca y con unos pelos así de largos. Con un cayado...

Serían las dos de la madrugada. Todo el caserío, Son Arisó, se puso en movimiento. Los gañanes, muertos de sueño, extenuados tras una agotadora jornada de siega, habían ido acudiendo a mis gritos. Salieron también las mujeres: la abuela, escandalizando, y Catalina, la jornalera, seguida de mi tío Juan. El tío Juan siempre aparecía detrás de Catalina, a quien acosaba a todas horas sin apenas disimulo. La última en salir fue mi bisabuela, noventa y cuatro años, con su tembleque, en camisa, santiguándose.

Preguntaban todos al mismo

tiempo, empeñados en hacerme decir lo que no era: que si animales sueltos, el semental de Son Noguera que se hubiera escapado o alguna yegua en celo descarriada...

—No, no, no. ¡La bruja! Ha sido la bruja. ¡La bruja!

—Alguien ha querido asustar al chico —concluyó el abuelo— ¡Vamos!

Y haciendo una seña a los gañanes y a mi tío para que le imitaran, empezó a vestirse apresuradamente. Los demás hicieron lo propio, dispuestos todos a salir al campo a dar buena cuenta de quien hubiera sido, según ellos, el autor de tan pesada broma.

—¿Y el perro?...

—Ha huido —dije yo, rompiendo a llorar de nuevo—. La bruja lo ha asustado.

—¿Cómo que ha huido?... ¡Mozo!

Se escuchó una especie de lamentación en lo más hondo del leñero.

—Mozo, sal de ahí. Ven. Toma.

Pero no hubo forma de hacerle obedecer; ni siquiera a patadas y a culatazos.

—A ese animal también le han hecho algo. No perdamos tiempo. Vamos.

Les vi alejarse en la noche armados de escopetas de caza. Mozo seguía gimiendo en el leñero.

Las mujeres me limpiaron las heridas con aceite de lirio, me vendaron el tobillo y me dieron tila. Dijeron que debía acostarme y descansar. Pero yo no quería que me dejaran solo ni que apagaran la vela.

Sólo pudieron convencerme a condición de que la jornalera, la que unos meses más tarde, y por obra y gracia de una preñez inesperada, se convertiría en mi tía Catalina, se acostara conmigo.

Seguía llorando y en estado febril. Catalina, tras apagar la luz, me atrajo hacia ella. Y así, en íntimo

contacto con aquel cuerpo mórbido, palpitante y oliendo a hembra joven, fui poco a poco recobrando el sosiego hasta quedarme dormido. Siempre he tenido la sospecha de aquella noche, no sé si en sueños, haber sido violado.

Era plenilunio. Una leve brisa de levante había barrido la atmósfera dejándola nítida. Cual si estuviéramos en pleno día, podía distinguir los perfiles del Monte de Randa, del Puig Major, de Santa Eugenia. Allá en el fondo, a unos siete kilómetros, las tranquilas aguas de la Bahía de Palma —la luna en su cénit, les arrancaba reverberos de luz— parecían estar al alcance de mi mano.

Acababa de cumplir once años. Y sin embargo, a los míos no les importaba dejarme solo a altas horas de la noche apacentando el ganado. Baleares, por aquel entonces —años treinta— era un remanso de paz. No se conocían los robos ni nada parecido. Y cuando por alguna razón teníamos que ausentarnos, solíamos dejar la puerta entornada o con la llave puesta; para que si durante nuestra ausencia algún vecino necesitaba algo pudiera servirse por sí mismo. Lo contrario estaba mal visto.

Paradójicamente, el contrabando, la caza furtiva y la vendetta que se hiciera necesaria, no entraban para nada en lo negativo de nuestra escala de valores.

Nadie se hubiera atrevido, en cambio, a molestar a un niño que anduviera de noche con el ganado. Además, y por lo que a mí se refiere, iba siempre acompañado de Mozo, un pastor alemán con bastante más de lobo que de perro en la sangre. Era muy valeroso y habría sido capaz de destrozar a quien hubiera querido hacerme algún daño.

Había agotado mi escaso repertorio en la flauta de caña que siempre

llevaba conmigo: «María de la O», «Mi tirana», «Maricruz», «Los Campanilleros»... Empezaba a refrescar y fui a guarecerme bajo el tupido ramaje de un viejo algarrobo. Me tumbé boca arriba con la cabeza apoyada en el zurrón y las manos detrás de la nuca.

El concierto de los grillos con sus semi estridencias, batir de alas de alguna que otra ave nocturna, un búho en alguna parte llamando a su hembra, las esquilas de mis ovejas, balidos...

Algo fuera de lo normal vino a sacarme de la breve modorra en que había caído. Mozo había dejado escapar un ladrido seco, y el ganado, arremolinándose ahora junto a unos pedregales, se mostraba inquieto, las madres llamando a sus corderillos con balidos entrecortados. Pasó una liebre veloz sin que Mozo, al contrario de otras veces, saliera corriendo tras ella. De entre el ramaje del algarrobo, huyeron espantados mirlos y verderoles. Los grillos habían dejado de estridular y parecía como si pudiera escucharse el silencio. La atmósfera incluso se había vuelto como más pesada, pero sin que por ello la noche hubiera dejado de permanecer clara.

Pensé que podía tratarse de perros asilvestrados que se dispusieran a atacar el ganado, ya que todas las criaturas del campo parecían presentirlos.

Quise azuzarles el mío: —Mozo. ¡Ua!, ¡ua!... ¡zus!...

En vez de obedecerme, empezó a gemir y a dar vueltas alrededor del tronco del algarrobo con el rabo entre las piernas; lo que, más que otra cosa, denotaba miedo.

Por la posición de las estrellas, supe que era bien pasada la media noche. No me explicaba lo que pudiera estar sucediendo. Las rodillas empezaron a temblarme.

La vi a lo lejos, junto a los grandes lentiscos que marcaban el linde entre nuestra finca y la de Son Granada. Pensé al principio que era un arbusto. Pero no: se movía. Venía hacia mí andando despacio, toda blanca. «Mozo», llamé sin que apenas la voz me saliera del cuerpo. «Mozo»...

El animal, sorprendentemente, soltó una especie de alarido y salió corriendo aterrorizado en dirección a las casas, saltando vallas y bardizales. Me faltaron fuerzas para imitarle y me quedé allí muerto de miedo. Por primera vez en mi vida lo experimentaba en toda su intensidad.

Acurrucado junto al tronco del algarrobo, procurando no moverme ni hacer el menor ruido, me atuve a la esperanza de no ser descubierto. Bañado por un sudor frío y todo tembloroso, castañeándome los dientes, no me atrevía ni a respirar.

La huida del perro era lo que más me había atemorizado. Sólo en otra ocasión le había visto así de cobarde. Fue cuando se llevaron al Tío Lucas, el porquero. Habían venido a buscarle unos hombres de bata blanca, quienes, tras enfundarle una gran camisa y atarle las manos a la espalda, le metieron en un coche a la fuerza. Recordé sus ojos extraviados, sus espumarajos y sus horrosos gritos. Mozo aquel día también había ido a esconderse en el leñero gimoteando.

La figura aquella, a medida que se acercaba, se volvía de cada vez más espantosa.

Me pareció mujer, con un pelo larguísimo, blanco y despeinado, como el de la abuela cuando se deshacía la trenza para despiojarse. Llevaba puesta como una camisa que le caía hasta los pies, también blanca, y se apoyaba en un gran garrote más alto que ella que creí rama de almendro seca. Iba descalza.

La vi pasar a menos de diez pasos de mí, con su rostro de muerta, arrugadísimo, y sus ojos grandes y abiertos, mirando fijos hacia adelante. De vez en cuando dejaba escapar un lamento tristísimo apenas perceptible.

Siguió adelante, alejándose bajo los almendros en dirección a la torrera del Arenal. Se iba poco a poco empequeñeciendo hasta que desapareció entre unos chaparrales que formaban un bosquecillo ya cerca del torrente.

Empecé a alejarme de allí, andando al principio muy despacio, sin querer hacer ruido y al amparo de la sombra de los árboles, higueras y

encinas. Luego, casi sin proponérmelo, fui de cada vez acelerando más el ritmo hasta desembocar en carrera a cuanto daban mis piernas.

Tropecé con unas esparragueras, desollándome. Me caí varias veces. Notaba en la boca el sabor de la sangre que manaba de mis heridas.

Ya cerca de las casas prorrumpí por fin en gritos y en llanto: — ¡Abuelo, abuelo!...

Era ya pleno día cuando regresaron los de la partida, muertos de cansancio, malhumorados, cayéndose de sueño y con las manos vacías. No habían visto nada.

—Al que vuelva a contar historias de miedo en presencia de mi nieto —espetó el abuelo sin dirigirse a nadie en particular—, le arranco los cojones. Y añadió: —Vamos...: al trabajo todo el mundo. Y sin dormirse, que llevamos más de dos horas de retraso.

Mediada la mañana, vino a donde estábamos segando el guarda jurado de un predio vecino, quien manifestó que los guardias civiles acababan de llevarse a una mujer que se había escapado del manicomio. Y aclaró que se trataba de una mujer vieja que, medio desnuda, había estado vagando varios días por aquellos alrededores sin que nadie la hubiera visto.

Al abuelo no le gustaba dar su brazo a torcer, y menos aún exteriorizar sus emociones. En esto último, sin embargo, aquel día hizo una excepción.

Tras dirigir a los presentes una mirada indicándoles silencio, me llevó aparte. Y allí, en voz baja para que el guarda no pudiera oírle, me dijo con cierto aire de travesura cómplice: —¿Sabes?... Una noche de éstas vamos a salir los dos a la caza furtiva. Nos meteremos en La Torre y en Monterrubio. Tú, como otras veces, tendrás que quedarte solo en las redes mientras yo doy la batida con los perros. —Y me alborotó el pelo con un manotazo que tuvo más de pescozón que de caricia.

—No tendrás miedo, ¿verdad?...

—No, abuelo.

Y volvieron a temblarme las rodillas. ■